

Emiliano Campuzano

*CIELO
POR TU
LUZ*

Nova Casa Editorial

*A mi Laura, donde quiera que esté.
A Kari, a Dana por sus consejos.
A ti, por leer.*

ANTES

Crecimos juntos desde que nos conocimos a los 5. Luz, Lucía Hernández, la niña de enfrente, la de cabellera china castaña y ojos color ámbar; hija de un exitoso contador y una chef, y también excelente madre. Cinco meses menor que yo.

Mi mamá era amiga de la suya y nos llevaban a todos los desayunos que organizaban los martes entre amigas; desde ahí, fuimos inseparables; por lo menos hasta que el destino decidió mostrar sus verdaderas cartas.

Era mi mejor amiga en la escuela y lo fue hasta que se fue; nos sentábamos juntos todos los días en el recreo y, al salir de clases, iba a su casa a jugar y platicar; como dije, crecimos juntos.

Nos reíamos de todo y hasta aprendí a cocinar bajo las enseñanzas de su mamá —aunque, debo admitir, soy más bien un desastre en la cocina—, veíamos las mismas películas y hasta nos metieron a un curso de piano juntos; tenía un hermano, Gabriel, cuatro años mayor que nosotros, quien aprendió a quererme como a su propio hermano. Sí, todo lo hacíamos juntos.

A los 8 años fue nuestro primer beso, estábamos viendo una película (creo que era *Dirty Dancing* que, por cierto, estaba prohibidísima por sus papás porque eran súper sobreprotectores) y ella me preguntó por qué los adultos se besaban como en la película, yo le contesté que no lo sabía, estábamos en esa edad en la que cualquier contacto físico con un individuo del sexo opuesto, nos causaba repulsión, pero nos surgió la duda a los dos.

—¿Tú ya has besado? —me preguntó con esa voz tierna que nunca perdió.

—No ¿y tú?

—No... ¿Lo intentamos?

—Si quieres...

Me acerqué a ella y ella a mí, cerramos los ojos imitando a los personajes de la pantalla, hicimos los labios hacia afuera y nos dimos un pequeño beso, que, aunque duró un escaso cuarto de segundo, fue y siempre será el beso más importante de nuestras vidas; sucedió, por primera vez, compartimos un (muy breve) roce de labios.

Fuimos a Disneylandia juntos a los 9, ella siempre fue más tenaz que yo, ella podía subirse mil veces a una montaña rusa; a mí, en cambio, tenían que arrastrarme para subirme a la rueda de la fortuna. En fin, desde viajar, ver películas o hacer las tareas de la escuela, todo, todo tenía que incluirla a ella, y eso, es una de las muchas cosas que le agradezco a la vida.

A los 11, empezó a gustarme, o por lo menos, aprendí a nombrar ese sentimiento que siempre estuvo ahí; y, por lo que decían sus amigas y su hermano, ella también sentía lo mismo por mí. Un año después, todos mis amigos me presionaban para intentar algo, y, siendo sincero, no era gran presión, yo también quería; dicen que siempre fuimos un poco más adelantados a nuestra edad y pues, siempre tuvieron razón.

Le iba a pedir que fuera mi novia un viernes doce de noviembre, había practicado unas 200 veces lo que le iba a decir y toda la semana estuve nervioso. Entonces llegó el día, me puse mi playera de la suerte y practiqué por última vez el *speech*.

Toqué nervioso su puerta y guardé el chocolate que le compré en el receso en mi bolsillo derecho; su mamá abrió la puerta, me miró con cara de conocer mis intenciones y le gritó a Luz que la buscaba. Salió con una blusa rosa fosforescente y unos jeans. Era más alto que ella por poco, me miró a los ojos y yo la miré a ella; nos fuimos al jardín de nuestra calle y nos sentamos en una banquita que había allí, me aclaré la garganta

—Luz, me gustas muchísimo... ¿Quieres ser mi novia? —simples palabras para todo el discurso que había preparado.

Me abrazó y sin dudar me dio el «Sí». Fue el momento más especial de mi vida hasta ese punto; sin embargo, no nos duró mucho el gusto, solo un año pudimos estar juntos sin preocupaciones.

—Le dieron un trabajo a mi papá en los Estados Unidos.

—¿Te vas a ir, entonces? ¿Cuándo volverás? —le pregunté, sacado de onda.

—No lo sé, nos iremos en una semana.

—¿Y cuándo volverás? ¿Por qué no me dijiste antes, Lucía?

—No lo sé. Mi papá me dijo hasta ahora, perdón.

—Lucía, no te vayas, por favor.

—No es cosa mía, perdóname —me dijo llorando.

—Te voy a esperar hasta que regreses.

—Te llamaré en cuanto llegue y hablaremos todos los días.

—Todos los días...

—Sí, todos, lo prometo.

—Te Amo Lucía.

—Yo te amo más...

Pasamos esa última semana juntos como si fuera la última del mundo, estábamos juntos a cada hora, cada minuto y cuando nos íbamos a dormir, no dormíamos por estar pegados al teléfono; incluso no entramos a clases toda la semana, nos saltábamos clases para aprovechar cada día como si fuera el último que nos veríamos. Y, al final, sí fue el último. La acompañamos al aeropuerto, su vuelo salía a las 8 de la noche, mi padre se sentó a leer un libro mientras mi mamá se despedía interminablemente con la suya, su papá y su hermano cargaban el equipaje y, como era de imaginarse, Luz y yo no acabábamos de despedirnos, a punto de ahogarnos en lágrimas y recuerdos.

—Todos los días ¿sí?

—Todos los días, mi amor, te llamaré cuando llegue para que anotes mi número.

La voz en la bocina anunció que su vuelo estaba a punto de abordar, nos daba tiempo para un último beso y una última promesa, y no nos dimos el lujo de desperdiciarlo. Le besé sus labios por última vez y la abracé hasta que nuestros corazones se tocaron y latieron al unísono.

—Te voy a esperar.

—Yo te voy a amar para siempre.

La solté y la miré por última vez mientras pasó por la puerta de la sala de abordaje, ella me miró también y se alejó. Esperé en mi casa junto al teléfono casi un día. Como podrán imaginar, las cosas no salieron como las planeamos, y, de hecho, la supuesta llamada nunca llegó; sus papás eran muy sobreprotectores y nunca le dejaron empezar una red social, o por lo menos es todo lo que sabía; nada, nada supe de ella después de eso.

Creo que todos soñamos con la idea de que el primer amor siempre es perfecto y, tal vez a consecuencia de las películas o los libros, queremos pensar que es infinito; no es que a mí no me gustara pensar así, pero las circunstancias me enseñaron dos cosas principalmente:

1) No idealizar el mañana: me hubiera gustado que Luz hubiera sido sincera desde un comienzo y hubiese llamado. Aprendes, con el tiempo que no se trata de lo que pasará el día siguiente sino de disfrutar el hoy. Me arrepiento de no haber disfrutado como debí.

2) No prometer más de lo que puedes cumplir: También, con la experiencia, aprendes que es imposible prometer un siempre, claro que es lindo y hasta un tanto romántico prometer un amor infinito, pero simplemente no es posible. Siempre existirán enfermedades, muertes, mentiras, viajes y el destino; y por más fuerte que sea la voluntad, para siempre no es real. «Hoy» y «ahora» sí, y es lo que importa.

Las promesas no se cumplieron, yo, con el tiempo me volví a enamorar y no la esperé el tiempo que le juré, y ella de seguro encontró a alguien también; todo un amor y una vida juntos quedó en solo eso, una promesa olvidada. Sin embargo, me duele aceptar, no hay un día que no espere escuchar junto al teléfono, aunque sea una sola vez más, su voz.

Esta no es mi historia, ni la de ella, ni tampoco es la de las circunstancias; esta es una historia sobre la vida, sobre el amor y sobre las enseñanzas que nos deja la muerte, aún antes de llevarnos con ella. Es la crónica de una sonrisa, un beso, una noche y de la suerte que nos toca. Esta es la historia de NOSOTROS, no somos protagonistas como individuos separados sino como uno solo, cada párrafo estaría incompleto sin la presencia del otro.

Esta es la historia de mi persona, Alejandro Bernal, desde los labios de Lucía Hernández, el amor de mi vida, esta es la historia del romance trágico que nos preparó cruelmente el destino; la de nuestro amor; y también, sobre el cielo, que es azul, eterno, inmenso y que por fin tuvo un motivo para esperar.

I

—Güey, güey, despierta, la maestra te está hablando.

Levanté la cabeza gracias al aviso de Miguel, todos los ojos del salón se clavaron en mí, creando un incómodo momento, acompañado orquestalmente por la voz de la maestra reclamándome por mi falta de respeto y atención, y regalándome una educada invitación a «largarme rapidito» de su salón e ir a dirección sin esperar.

Salí por la puerta y la cerré por detrás de mí. Caminé lentamente y finalmente me senté en las sillas de afuera de la oficina del director. La secretaria anunció mi nombre, indicando que ya podía pasar.

—¿Otra vez, Alex? Es la tercera esta semana. Estás a la mitad de la prepa y lo estás arriesgando todo por tu comportamiento.

—Ya, ya, prometo portarme bien.

—No podré cubrirte por siempre y lo sabes, pórtate bien.

Salí de la oficina del director, me fui a la cafetería de la escuela y me compré una Coca-Cola, como era de costumbre. Me senté a escuchar música y a ver la televisión de la cafetería, esperando matar el tiempo en lo que terminaba la clase. Por fin, 12:20, había terminado la clase, tiré la lata de refresco, salí de la cafetería y caminé por el pasillo para asistir a mi siguiente clase.

—Alex, güey, no me lo vas a creer.

—¿Qué?

Miguel se acercó a mí desde el otro lado del pasillo, con cara alegre.

—La orientadora trajo a una nueva chica al salón, es guapísima.

—¿Y? Tengo novia *brother* —contesté.

—Y... resulta que se me hizo familiar, no sé por qué.

—Equis amigo, ¿Qué nos toca?

—Economía y está por entrar el profe, yo no voy a entrar, tengo hambre. Pero en serio, deberías conocerla.

—Vale, ahorita te veo.

De pronto unos labios carnosos se lanzaron sobre los míos y mis manos se posaron sobre la cintura de una chica de estatura mediana y abundante cabello rubio: mi novia, Bárbara.

—Amor-de-mi-vida —me susurró entre dientes, mordiéndome el labio.

—Amor-de-mi-vida —contesté, siguiéndole el juego, mordiéndola también.

—¿Me llevas a mi casa?

—Tengo que ir a comer y...

—Mis papás no están

—Y te llevo a tu casa.

Reímos y ella me abrazó fuertemente, la abracé también y la apreté a mi pecho.

—Te quiero.

—Yo a ti te quiero también, gorda.

—Vete a clase, te veo al ratito, mi vida.

—Está bien, te quiero, no me olvides mucho.

—Todo menos eso, mi amor.

Entré a clase de economía, la cual repudiaba a más no poder. Solo queda un semestre — pensé—, un semestre más y te librarás de este idiota. Nos daban clase los mismos maestros por un año y luego, con las materias, cambiábamos profesores (¡Gracias a Dios!). Puse la mochila en mi lugar y saqué mi tableta para fingir tomar apuntes mientras jugaba (ya lo sé, soy un pésimo estudiante). Otro amigo, René, se sentó al lado mío, para no aburrirse y molestar conmigo al profe durante la clase.

Pasamos toda la hora aguantando un súper discurso sobre la crisis del 29 y asuntos aburridísimos que no quiero recordar, porque me causaría un tremendo dolor de cabeza. Era la última del día y salí feliz para ir con mi novia. La encontré esperándome en mi casillero, con su cuerpo perfecto cubierto por una pequeña chamarra que le quedaba más bien de ombliguera. Me puse mis gafas oscuras e inmediatamente me tomó del brazo para ir a su casa.

Venía pensando en todo lo que haría con ella ahora que sus papás nos estaban, cuando de pronto un fantasma, una aparición, rozó mis ojos; una chica de cabello chino castaño pasó por al lado de nosotros, con un rostro tan familiar que me hizo temblar.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, mi vida, solo pensé que vi algo pero *nevermind*, no te preocupes.

—Está bien, mi vida.

Subimos a mi auto, un viejo Buick que me habían regalado de cumpleaños, y nos dirigimos a su casa. Ella puso la radio a un volumen estridente, haciendo que la música de Avicii me retumbara en la cabeza. Finalmente llegamos y ella abrió la puerta de su casa, volteando a verme de manera provocativa.

—Ven, tonto.

Me tomó del pañuelo y me jaló para entrar a su casa. Nos empezamos a besar y nos sentamos en el sillón; me quitó la playera, enseguida yo le quité la chamarra. Poco a poco mis manos y las suyas se cruzaron en nuestra piel, mis dedos desabotonando su camisa velozmente; mientras ella ocupaba sus manos desabrochando mi cinturón y posteriormente mis jeans.

Sin planearlo, ya estábamos totalmente recostados sobre su sillón, yo sin playera y con el pantalón desabrochado y ella en *bra* y *panties*; su cabello rubio rozaba mi pecho mientras nos besábamos y las caricias se hacían cada vez más intensas y frecuentes.

Puse mis manos detrás de su espalda, y apreté mis dedos por detrás de su sujetador, este cayó inmediatamente, de pronto... sonó el timbre de su casa. Tratamos de ignorarlo unos segundos pero entonces se abrió la puerta. Bárbara brincó del susto tapándose el pecho con las manos y yo me tiré con la idea de que sus papás habían llegado. Para nuestra fortuna, era una de sus desesperantes amigas que, gracias a la brillante idea de mi novia, tenían llave de su casa.

—Bárbara, oye necesito que me prestes...

—¡Dios mío, Karla! ¡Si no abro la puerta es por algo! *Shit*.

—Perdón Barbie, ¿Cómo iba a saber que...?

—Hola Karla —saludé desde el suelo.

—Hola Alex, que gusto.

—Cierra la maldita puerta... —dijo enojadísima mi novia.

Karla cerró la puerta riéndose. Yo también reí.

—¿Y tú de qué demonios te ríes, Alejandro? —dijo Bárbara, besándome y poniéndose de nuevo sobre mí.

Me levanté, cargándola por las piernas y poniéndola enfrente de mí.

—Vamos a mi cuarto... —me dijo sonriendo, de manera sensual.

Fuimos a su habitación y la puse sobre la cama, yo me subí enseguida también. Nos besamos un rato más; entonces saqué el único condón que quedaba en mi billetera. Ella empezó a provocarme más, besándome el cuello y haciéndome chupetones. De pronto divagué, recordé a la chica de la escuela e intenté adivinar por qué se me hacía tan familiar, me estresé, sabía que la conocía y que era importante, pero no lograba recordar por qué o, quizá, no QUERÍA recordar. Entonces regresé de mi pensamiento al intentar abrir el condón, mis torpes manos se pasaron de fuerza y lo rompí; Bárbara me vio con una cara de odio combinada con risa y frustración, muy a su estilo.

—A la próxima te toca a ti conseguir la casa, tonto.

—Perdóname, bebé.

—Será la próxima vez...

—Mi amor

—Y eso si estoy de humor.

Me siguió besando y fajamos por un rato más, sin llegar a lo que habíamos planeado. Finalmente llamó por teléfono mi mamá, eso significaba que se pondría histérica, y si no iba no me prestaría el carro para salir con Barbie.

—Me voy mi amor.

Bárbara me despidió de su casa en *bra* y *panties*, provocando que me arrepintiera y sufriera cada segundo mientras me iba, al dejarla así sin aprovechar el momento. Lo logré. Me subí al carro y le bajé al volumen de la radio porque si no me reventaría los tímpanos. Encendí el motor y me fui a casa; debería haber pensado en mi Barbie y todo lo que pudimos haber hecho si no fuera por mi estupidez, pero en cambio, pensé en la chica de la escuela. ¿Sería ella de quién me hablaba Miguel?

Llegué a mi casa y bajé del auto. Dejé las llaves en su lugar y calenté mi comida en el microondas, escuchando en el piso de arriba los regaños de mi papá por llegar tarde. Me tratan como un niño de 10 años —pensé—. Y entonces se me ocurrió; ¿Podría ser...? No, sería una tontería pensar algo así; ella se fue y no tenía intenciones de regresar, y menos de saber de mí.

Me comí la sopa de fideos recalentada con agua de naranja mientras leía las noticias de mi red social en el celular. Busqué su nombre por si las dudas. Lucía Hernández, brincaron a la pantalla cientos de resultados con el mismo nombre, ninguno con amigos en común ni una foto que se le asemejara ni remotamente a ella.

Quitó el parámetro de búsqueda y me metí al perfil de mi novia, me sentía muy suertudo por estar con ella. Era porrista, con un cuerpazo y una sed sexual insaciable, además de guapísima e inteligente —en muchos aspectos entre los cuales sobresalía su flexibilidad y habilidad para manipularme con solo hablar— todo lo que un hombre mataba por tener. Y yo, bueno, yo no era precisamente un mariscal de campo titular o el tipo más bueno o el más popular de la escuela; suerte, eso es lo que tenía y agradecía mantener, mucha, mucha suerte.

Esa noche me costó conciliar el sueño, la fracción de segundo que creí haberla visto, fue suficiente para tirar mi balance mental y ponerme en jaque emocional. Busqué entre mis cosas un álbum de fotos que tenía desde hace mucho tiempo, uno que ella me había hecho, más bien un *scrapbook* de mejores amigos (y novios en su momento) en el que habían fotos de Luz conmigo. Me vino tanto a la mente: los besos, las promesas, los momentos, los juegos, las peleas y su voz aguda y tierna a su manera.

Me acordé del último día que supe de ella, en el aeropuerto, nuestras promesas y nuestros sueños inconclusos. ¿Qué sería de ella? —me pregunté— ¿Y qué si la chica de la escuela sí

es ELLA? —me replanteé la pregunta—. Sacudí la cabeza para quitarme esa duda de la cabeza, miré el cuadro de mi Barbie que estaba junto a la cama e intenté dormir, aunque, al final, me fue imposible.

Me senté un rato junto al teléfono, por si acaso.

II

Me quedé dormido junto al teléfono, y amanecí con un dolor de espalda y cuello impresionante. Me di un baño de agua tibia y me alisté para la escuela, tomé una barra energética de la alacena y me subí al Buick. Pasé por Bárbara y nos fuimos juntos al colegio. Era un día como cualquier otro, pero había una sensación extraña y pesada en el aire, casi visible. Podía sentir que ELLA estaba ahí, o tal vez quería que estuviera ahí; o quizá, todo lo contrario. Nos besamos y fuimos cada quien a nuestro salón, Miguel me esperaba porque no le gustaba estar solo en las mañanas, ni en ningún otro momento.

—¿Qué onda? ¿Sí viste a la chica nueva?

—No, ¿Cómo era?

—Era china y un poco morena, de ojos claros, se me hizo familiar.

—¿Familiar?

Conocí a Miguel dos años después de irse Luz, no tenía sentido que se le hiciera familiar, podía descartar la idea de que Lucía había vuelto.

—Sí, ya sé de dónde. Se parece a la niña del *scrapbook* que tienes en tu cuarto.

O definitivamente, sí tenía sentido.

—¿No recuerdas cómo se llamaba?

—No, es lo menos que me llamó la atención de ella, aunque eso sí, es pesadísima, no me devolvió ni el saludo.

—¿En qué clase nos toca juntos?

—En química

—¿Hoy nos toca química?

—No

—*Shit*. Necesito verla.

—¿No que Bárbara y nadie más? ¿Quién te entiende, cabrón?

—No, no es eso, es solo que...

—Nah, era broma, tranquilo, no tiene el cuerpo de Barbie pero está muy linda.

Pasé la clase de francés imaginándome como podría haber cambiado después de todo este tiempo. ¿Tendría ese acento exagerado que todos los que viajan a los Estados Unidos adoptan al volver? ¿Cómo me justificaría la llamada que nunca llegó? ¿Qué tanto creció? ¿Sus ojos serían del mismo color claro? Y su voz, ¿sería tan tontamente infantil como antes? De pronto una cuestión invadió mi mente y dio vueltas sin parar... ¿Por qué nunca volvió a contactarme? ¿Qué hice mal?

Sonó la campana y con eso la clase acabó, me salí rápidamente del salón para preguntarle a alguno de los chicos de los otros salones si habían visto a la chica nueva. Interrogué a todos y el 50 por ciento afirmó haberla visto pero que no sabían dónde estaba ahora y que era

callada, muy callada; Lucía nunca podía mantener la boca cerrada por más de 30 segundos, eso era extraño. La orientadora iba pasando por ahí y me escuchó interrogar a todos.

—Alex, ven a mi oficina, por favor.

—¿Ahora qué hice?

—Te digo cuando vengas.

La seguí hasta las oficinas.

—Toma asiento por favor. —Tomé asiento, siguiendo sus instrucciones. —Escuché por ahí que habló de la estudiante nueva de su semestre.

—No, bueno sí, ¿cómo...? ¿Cómo se llama?

—Eso no es de su interés, es por eso que lo cité aquí.

—Solo quiero saber.

—La señorita nueva y sus padres nos dieron instrucciones muy estrictas de que no mantuviera relaciones que no sean vitales y usted y sus intenciones libidinosas no son precisamente asuntos de vida o muerte.

—¿Por qué?

—No me dijeron Alex, solo sigue instrucciones; ella viene a estudiar, nada más, lo dejó bien claro su padre el día que vino a inscribirla.

—¿Cómo se llama?

—Ya vete, Alejandro.

Obedecí a regañadientes y salí de su oficina, dieron las 9 y eso significaba solo una cosa: comida. Era hora del receso y moría de hambre, tomé la barra energética de mi mochila y salí a buscar a mis amigos, cuando de pronto, sentí una mirada más allá de las paredes, volteé hacia todos lados pero no vi nada fuera de lo normal. Te está haciendo daño —pensé—. Lucía está lejos y aunque hubiera regresado, no sería tu responsabilidad arreglar todo; si ella no luchó por nosotros, es porque no tenía interés. Me acerqué a mis amigos y empezamos a hablar de cosas triviales, hasta que alguien sacó el tema:

—¿Alguien ya vio a la chica nueva? Está muy guapa

—¿En qué salón va? —pregunté sin sonar necesitado.

—En el mío —contestó Harry, un amigo de intercambio, un poco gordo, que disfrutaba especialmente la compañía de las hamburguesas — ¿Quieres que te la presente?

—Por favor. ¿Cómo dices que se llama?

—Lucía Hernández.

Mi corazón dejó de latir o por lo menos eso sentí en el momento; se me fue la respiración y mis pensamientos no terminaban de procesar ese nombre. Lucía Hernández ¿ahora regresas? ¿Después de todo este maldito tiempo que te esperé?

—Quiero conocerla.

Harry me llevó a su salón al terminar el receso, fue cuando la vi sentada sola en una butaca medio desgastada leyendo un libro de segunda mano. Un poco más llenita de lo que recordaba, pero hermosa a su manera; su cabello no había cambiado, solo crecido; sus ojos sí seguían del mismo color; y su cara ya no era la de la niña pequeña con la que jugaba, sino la de una adolescente muy agraciada y reservada.

—Lucía, él es...

—Alejandro Bernal... ¿Te acuerdas de mí?

Lucía interrumpió su lectura y levantó la mirada por arriba de la portada del libro, sentí su miedo y también su nostalgia, pero también pude ver algo diferente en su forma de

moverse, algo no estaba del todo bien.

—No, disculpa, ¿Te conozco?

Me pateó los testículos con esa pregunta, casi pude sentir el impacto de un golpe contra mi estómago. ¿Te conozco? ¿Hablas en serio?

—¿En serio?

—Sí, en serio. ¿De dónde me acordaría de ti?

—De, ya sabes, ¡¡aquí!!

—Lo siento, hace mucho que viví aquí, no te recuerdo.

De nuevo un guante de boxeador golpeó repetidamente mi ego. No podía dejar que me tratara así pero ¿y si no es lo que ella pretendía? —pensé— ¿Y si de verdad no quería acordarse tampoco de mí?

—Luz... ¿En serio?

—Lucía, me llamo Lucía.

—¿Ya se conocían? —interrumpió Harry.

—Sí —miré a Luz— No, perdón.

Me retiré del salón cabizbajo. ¿Qué demonios hice mal? ¿Qué le pasa? No lograba entender su reacción. Miré el reflejo de su rostro por el vidrio de la puerta. Me miró de reojo con una mirada un poco triste, como la que yo tenía exactamente en ese momento. Quise voltear pero una fuerza interior me impulsó a salir sin girar la cabeza de nuevo. Me encontré a Bárbara en el pasillo, me tomó de la mano, me jaló y me besó apasionadamente; debo admitir, pudo subirme el ánimo.

—¿Qué tienes mi vida?

—Nada, Barbie hermosa, te quiero mucho, estoy bien.

—Ok, te creeré, pero igual, cualquier cosa, sabes que no te dejaré nunca ¿ok?

—Está bien, gorda, te quiero.

Me metí al salón y perdí la noción del tiempo; me puse a soñar despierto con ella; no entendía por qué no admitió conocerme, ni entendía por qué se comportó así. René me preguntó qué tenía; no supe explicarle, no entendía por qué me hacía tanto daño una reacción tan simple y especialmente de una persona con la que no había tenido contacto desde hacía casi 5 años. Salí de la escuela y me despedí de Bárbara. Miguel me habló para echar un partido veloz de básquet; le seguí la corriente porque un partido siempre lograba despejarme la mente. Dejé mi mochila en el carro y tomé el balón para comenzar a jugar en una de las canchas del campus.

Ni Miguel ni yo éramos buenos, de hecho, cualquier tipo con un día de entrenamiento nos podía destrozarnos en el juego de la canasta, pero de igual manera nos gustaba. Le gané por 15 puntos y nos despedimos para irnos a nuestras respectivas casas. Caminé de vuelta al estacionamiento solo para encontrarme con Lucía, sentada en las escaleras frente a la puerta principal; esperando, mirando al vacío.

—¿Estás bien?

No respondió, solo bajó la mirada e hizo un sonido como de suspiro.

—¿Lucía?

Se tapó la boca con los brazos y agachó la cabeza, como hablando de mala gana.

—Sí, solo espero a mis papás.

—¿Quieres que te dé un aventón?

Levantó la cabeza.

—No puedo ir con extraños, perdón.

—¿Extraño? —me dolió— Ok, perfecto.

Me enojé y me subí a mi auto. Encendí el motor y la miré por el retrovisor, definitivamente era mi Lucía, mi Luz, pero ya no la misma; algo en sus ojos había cambiado, ese brillo de ternura que tanto la caracterizaba ya no estaba más, y cuando hablaba desalentaba como cuando se fue. Me bajé del auto.

—¿Qué te pasa, Lucía? ¿Ahora soy un extraño?

—Lo siento, sí. Y... llegaron por mí. —Una camioneta entró al estacionamiento al momento que terminó la oración.

Me subí al Buick de nuevo y me dirigí a la casa. Me detuve en una luz roja y golpeé de enojo el volante. La camioneta de Lucía pasó por al lado de mí en ese instante precisamente; ni siquiera una señal, nada, parecía que de verdad nunca me hubiera conocido y me estaba matando en el hígado sentir algo así. Llegué a mi casa y me subí al cuarto, encabronado de verdad. Tomé el *scrapbook* de mi mesita de noche y lo aventé al clóset. De pronto una llamada sonó en el teléfono de la sala. Contesté. Una voz inconfundible y tierna se escuchó al hablar, con unas palabras entrecortadas.

—Te... te veo en el parque en 10 minutos, Alex.

—¿Luz?

Colgó. Mi balance emocional y psicológico se fue al demonio en ese momento. Me puse una camisa de colores vivos y me puse unas zapatillas deportivas cómodas. Me pregunté mil cosas en la cabeza y me llevé el *scrapbook* como si pudiera hacer una diferencia.

III

Salí apresuradamente de mi casa y me dirigí corriendo al parque donde jugábamos cuando pequeños. Me detuve una cuadra antes de llegar, se me fue el aire; ¿Qué estaba haciendo? Me peiné el cabello hacia el lado y di un paso después del otro, me sequé el sudor de mis manos, para posteriormente apretar el *scrapbook* y pensar en un buen *speech* para cualquier planteamiento que pudiera darme.

—Alex —una voz masculina me sacó de mi concentración... ¿Gabriel? —Brother, tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa? Gabriel, que gusto verte. Tanto tiempo...

—Mira, seré breve —nunca era breve, por lo que supe que hablaba en serio— Escucha, yo sé sobre lo tuyo con Luz, y sé que estás resentido por todo pero...

—Sí, no tiene motivos.

—Sí los tiene, y por eso vine —suspiró— Mira, tuvimos problemas del otro lado; regresamos pero para empezar de nuevo, de verdad, si la quieres y nos aprecias como nosotros a ti, te voy a pedir que nos ayudes.

—¿Ayudarles? ¿Cómo? ¿Fingiendo que nada pasó nunca? ¿Qué ella y yo somos extraños? ¿Soportar que se comporte así conmigo? ¿Cómo demonios te ayudo?

—Así, exactamente —prendió un cigarrillo— No pido que la entiendas, no te voy a contar los motivos; solo te digo que si de verdad la quieres, como dices, ayúdala a comenzar de nuevo.

—Brother...

—Lucía no quería seguir viviendo allá, no quería seguir *viviendo*; por eso vinimos, porque ella necesitaba recomenzar. Hazlo por Ella.

Suspiré y me senté a fumar media cajetilla con él, me sentía pésimo porque sabía que si Gabriel me pedía algo sobre Luz es porque de verdad lo necesitaba y como Lucía siempre fue el amor de mi vida, para hacerla feliz, tendría que fingir que nunca la había visto; mierda.

—¿Y toda la gente con la que se llevaba antes qué?

—No seas tonto, Alejandro; ella no tenía muchas amistades, y las que tenía, ya ni siquiera están aquí; el único que me preocupaba eras tú; y sé que es difícil, pero por favor... ayúdala.

—Está bien... ¿Qué pasó?

—No te puedo decir. ¿Le ayudarías a mi hermana?

—Sabes que sí, viejo, sabes que sí. —Me acabé un cigarro. —Pero, ¿No podría hablar con ella aunque sea una última vez, sobre todo lo que vivimos y eso?

—Mira, Alex; Luz se intentó suicidar, hace 3 meses, no quiero que pase otra vez y sé que tú tampoco. Lo que sucede es que tuvo problemas en su escuela allá, no puedo decir por qué, pero el caso es que estuvo muy cerca de matarse, estuvo practicando el *cutting* y hasta se metió somníferos con vodka; nos preocupamos mucho, entonces decidimos que sería necesario empezar otra nueva vida, pero ella pidió que si empezaríamos algo nuevo, sería aquí, donde te pudiera ver.

—¿Y si me quería ver por qué me trata así?

—No lo sé, mira, déjame hablar con ella ¿ok? Hasta entonces finge como si no la conocieras.

—Está bien, *brother*. ¿Podrías darle esto?

Le entregué el *scrapbook*.

—Ok. Mira, Alex...

—¿Qué, Gabriel?

—También es por ti; es mejor para los dos si te mantienes al margen, no queremos que te involucres. ¿Está bien?

—Sí, güey. Cuídate.

¿Qué no me involucre? Mierda, claro que quería involucrarme, estuve esperándola un buen tiempo como para que ahora fuéramos dos desconocidos. Tienes novia —pensé— y si no obedeces a Gabriel, Lucía podría hacerse daño. Fui a los terrenos del campus, tomé uno de los balones y me puse a practicar tiros a la canasta. Se me enrojecieron los ojos por el sentimiento de impotencia. Fallé el tiro y me senté en una de las gradas de la cancha. Me puse a recordar todo con ella. Hacía mucho tiempo, ella y yo jugamos en ese mismo campo, yo le enseñé a tirar y ella practicaba a diario conmigo; y ahora debía pretender ser un extraño más para ella. No sabía si podría.

Miguel vivía enfrente del colegio y me vio jugar baloncesto; terminó por alcanzarme.

—Amigo, venga, un 21. Relájate.

—No gracias, no estoy de ganas.

—¿Qué pasa?

—Nada, amigo. No te preocupes.

—¿Sabes qué me sube el ánimo?

—¿Qué?

—Alcohol y cigarros —reímos—. Venga *bro*.

Fuimos al bar de siempre; él pidió whiskey y yo tequila con refresco de limón. La mesera me coqueteó y regresó a la barra. Los dos apagamos el celular, habíamos quedado que quien contestara primero pagaba las bebidas.

—¿Qué sucede?

—Nada, hermano, en serio.

—Sabes que puedes confiar en mí, prometo no decir nada —y lo sabía.

—Es Lucía.

Le conté toda la historia, de principio a fin, para que pudiera entender mi problema; incluyendo la conversación con Gabriel.

—Mierda, Alex, no sé qué decirte... ¿Y Bárbara?

—Pues es mi novia, pero tú entiendes.

—No, no entiendo, pero pues, creo que por algo Gabriel te dijo las cosas así. Y pues, no creo que quieras que Luz se haga más daño ¿o sí?

—Obvio no, pero no la entiendo.

—Nunca entenderemos a las mujeres, pero tenemos que aprender a comprenderlas, es nuestro trabajo como hombres. Aparte, tú tienes novia, no pienses en eso, no tienes de qué preocuparte, digo.

—Sí, si tengo —suspiré—. Pero también tienes razón. —Miguel asintió.

—Siempre, *brother*. —Dejé dinero en la mesa y estaba listo para regresar a casa—. Aunque —interrumpió—, tienes que seguir a tu corazón, un día te vas a morir y si no haces lo que de verdad quieres, vas a odiarte para siempre; y no te van a recordar por lo bonito de tu tumba sino por la marca que debiste haber dejado en las personas y no hablo de canciones o libros, sino de los sentimientos, las anécdotas y las historias que construiste a lo largo del tiempo. Si no sigues a tu corazón, nadie te va a recordar.

—Wow —reí, nervioso porque tenía razón—. ¿Qué le echaste a ese whiskey?

—Filosofía y una dosis de lectura juvenil. Deberías intentarlo —rio—. Avísame cuando tomes una decisión, amigo.

—Suenas más peligroso que fumar —sonreí—. Te avisaré amigo.

—Y otra cosa —bebió de nuevo—, no olvides pensar en los sentimientos de Barbie, yo sé que puede ser una perra a veces, pero todos tenemos un corazón, unos más heridos que otros. Tomes la decisión que tomes, trata de no herir a los que te rodean, porque también te han dejado entrar en su mundo y eso es una gran responsabilidad.

Me pegó totalmente su comentario y no supe qué responder.

—Filosofía, literatura juvenil y marihuana ¿verdad?

—Efectivamente, amigo, cuídate, fue un gusto ayudarte.

—Gracias, hermano.

Miguel asintió y le dio otro trago a su whiskey, acto seguido levantó su vaso en señal de despedida y sonrió. Me puse mi chamarra y salí por la puerta del bar en dirección a mi auto. Tenía mucho que pensar, pero Miguel y su filosofía siempre tenían una manera de darle respuesta a muchos de mis problemas, SIEMPRE. Pensé en Barbie y en Luz, ambas eran tan importantes para mí, Barbie era maravillosa, me había mostrado su lado bueno, el que nadie conocía, el romántico y el dulce; me sonreía y me besaba con amor, me veía con esos ojos brillantes que representaban cariño; también me llamaba en las noches y me daba los buenos días; cuando eso era algo que yo debía hacer, era perfecta en todo sentido, la amaba y ella a mí.

Pero por otro lado, pensé en Lucía, habíamos crecido juntos, nuestro primer beso fue

juntos, ella había CREADO mi lado bueno, mi lado feliz, ella me escribió el concepto del amor en besos y recuerdos; pero ahora había cambiado, se sentía diferente. Escuché una vez que la gente cambia, queramos o no; pero yo estaba seguro que Lucía no era así. Y Gabriel dijo que era serio así que decidí hacer las cosas bien, por ELLA y mantenerme al margen, como debía. Llamé a Barbie para recordarle que la quería y que era mi mundo, ella respondió como siempre, con cariño y una voz que, aunque sexy, demostraba un amor increíble. Barbie, Barbie —pensé y sonreí—Tengo mucha, mucha suerte, no lo olvides.

Volví al campo de básquet, en lugar de la casa, y esta vez encesté sin fallar todos mis tiros; me sentía mejor. Definitivamente no entendía a Luz, pero deduje que a veces la vida no se trata de nosotros sino de la gente que nos ama.

Finalmente tomé mi chamarra y volví a la casa, definitivamente no me sentía bien, pero tampoco igual de mal que cuando me fui, era como si hubiera entrado a una casa totalmente diferente, o tal vez era yo el que era diferente; es increíble como unos minutos o un par de palabras pueden cambiarte el mundo o la forma de verlo de manera radical. Subí a mi cuarto y le di las buenas noches a Barbie como era de costumbre por llamada telefónica; volteé a ver el teléfono, pensé en Luz, en su mirada y su magia; repasé por última vez su nombre y le pedí a Dios por ella antes de dormir.

Apagué la luz, cerré los ojos y caí en un profundo sueño. No recuerdo, a ciencia cierta, lo que soñé, dicen que olvidamos el 90 por ciento de nuestros sueños a los cinco minutos de haber despertado, y no soy quien para cuestionar, pero casi recuerdo a la perfección que más que un sueño, 14 años de mi vida pasaron frente a mis ojos durante la noche; y no fue sorpresa, el protagonista no fui yo sino Lucía, la chica que debía ser ahora, una completa extraña.

Nota personal:

1. Todos tenemos un corazón, y por más herido y frío que sea, todos sentimos de igual forma el dolor.
2. A veces no es necesario entender los motivos de la gente para poder conocerla, pero sí hay que conocerla para ser parte (o no) de sus motivos.
3. El amor SÍ conoce tiempos y distancias, y negarlo solo nos convierte en individuos más vulnerables a la decepción.
4. Miguel debería estudiar filosofía o escribir un libro, es muy bueno con las palabras.

IV

Barbie y yo llegamos al colegio temprano, como de costumbre. Sí, era una loca y una fiestera de primera, pero también era una de las chicas más inteligentes que había tenido el placer de haber conocido. Me encontré a mi grupo de amigos en la entrada del salón, Miguel me saludó con una mueca de media sonrisa, indicando que estaba de acuerdo con mi decisión. Dieron casi las 6:40 y entonces llegó Luz, con su mochila Kipling rosa colgada al hombro y con una sonrisa escondida; mirando a lo lejos, evitándome en su mirada, saludó a todos sus amigos y entonces aproveché para saludarla también.

—Hola Lucía, soy Alex, creo que empezamos con el pie izquierdo ayer. Disculpa.

Luz sonrió, un poco nerviosa pero sonrió, con esa sonrisa tan mágica, tan linda, tan suya.

—Sí, no te preocupes, Alex, lindo día —suspiró con una sensación de alivio y se dirigió a su salón, al lado del mío. Yo lo hice de igual manera.

De pronto sentí una mano detrás de mí y luego la otra, Barbie no había entrado aún a su salón y era *extremadamente* celosa, por lo que me preocupó que me haya visto con Luz.

—Mi amor.

—Gorda —le contesté con cariño.

—¿Quién es esa que saludaste?

—¿Lucía? Es la nueva, una amiga que conocí ayer.

—¿Y es bonita? —vi en sus ojos preocupación.

—Tú eres bonita. —La abracé—. Y nadie nunca te podrá vencer ni reemplazar en mi corazón.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Sellamos el pacto con un beso medio alargado pero que en realidad no disfruté mucho. La quería pero sentí que esa promesa era un poco hipócrita dadas las circunstancias que me rodeaban en ese momento.

—Te adoro, bebé.

—Yo más, gorda, ve a clases.

Siguió mi instrucción y me dio otro beso antes de irse.

—Nunca te quiero perder.

—Nunca...

Una vez ida Barbie, se me acercó Mike, con tono medio enojado.

—No hagas promesas que no puedas cumplir después, no olvides lo que te dije; Barbie es una buena niña, muy en el fondo, y lo sabes.

—No es que haya querido —respondí cabizbajo.

Me dio una palmada en el hombro en señal de apoyo y entró a su salón. Tomé un respiro en el pasillo y me di media vuelta para hacer lo mismo, pero antes de hacerlo, pude distinguir en el reflejo de la puerta del salón adyacente, la sonrisa de Luz, mirándome discretamente.

Salimos 4 clases después al receso. La mayoría se iba a las mesas del campus, junto a las canchas de básquetbol; mis amigos y yo, en cambio, acostumbrábamos ir a la cafetería que, aunque se llenaba, era más tranquila que el resto del campus. Guardé mis cosas en la mochila y salí del salón para caminar a la cafetería. Me percaté de que todos estaban ahí a excepción de Luz. Me paré de la mesa donde estaba sentado con mis amigos y regresé a los salones a buscarla; efectivamente, estaba en su salón, sentada, leyendo un libro y comiendo sola.

—Lucía ¿no gustas venir con nosotros?

—No, gracias Alex; estoy bien aquí. —Me ignoró, pasando de hoja su libro.

—Al final Allie tiene amnesia y muere junto a Noah —la miré, sonriendo.

—No es *The Notebook*, tonto, estoy leyendo *La Vie en Rose*.

—Pero *The Notebook* es tu libro favorito —nos miramos, ella un poco más nerviosa—. Aparte, no tienes opción. —Me acerqué y le quité su libro.

—¡Te voy a matar! ¡Dámelo!

—Si lo quieres...

—¡Alejandro Bernal del Río, dame ese libro!

—No recuerdo haber mencionado mi apellido, Lucía. —Luz se tapó la boca,

enrojeciendo sus mejillas.

—Toma —se lo entregué— Pero tienes que venir —suspiré—. Por... favor.

—¿Por qué?

Me senté en la banca que estaba detrás de la suya, ella se sentó también. Sonreímos de manera discreta.

—Porque me pediste ser un extraño, un desconocido y eso es lo que seré de ahora en adelante —Levanté la mirada, encontrándome con la suya— pero soy un extraño que te quiere conocer, un completo desconocido con el que compartes media vida y si quieres que deje atrás todo lo que fuimos, solo será para hacer espacio para todo lo que seremos; así que si quieres que esto de «amigos» funcione, mejor hay que intentarlo, porque las cenizas del pasado no se van a barrer solas y son muchas para hacerlo yo mismo.

—Siempre tan dramático, Ale... —soltamos una carcajada los dos.

—Hablo en serio... —Le tomé la mano y me soltó casi de inmediato— Prometo ser un extraño más en tu vida, un amigo más; pero ven.

—Ale, esto va a terminar mal.

—Si no vienes le quitaré el separador a tu libro. —Le quité el libro de sus manos rápidamente.

—¡Alex!

—No tienes opción...

—Ok, ok, ok, vamos.

—Vamos

—Vamos... —Sonrió.

Almorzamos juntos por primera vez; bueno, no por primera vez, pero ahora que debía recomenzar, debía considerar esa como nuestra primera comida juntos. No hablamos de mucho, pero, por un momento, se sintió como si nunca se hubiera ido, como Luz, mi Luz, como si nunca hubiera dejado de ser mía, solo que esta vez, era diferente. Sonrió como la recordaba y escuché de nuevo su linda risa. Me sentí completo.

Sonó la campana escolar y con ella, el receso concluyó; nos paramos todos con destino a nuestros salones y contamos un par de chistes. Nuestros amigos, incluido Miguel, se adelantaron un poco y nos dejaron a los dos caminar solos por la escuela. Luz estaba un poco callada pero se veía feliz por volver a tener amigos; me miró de reojo y yo a ella.

—Gracias, Alex.

—Ni lo menciones, boba.

—De verdad, gracias.

La abracé cordialmente del hombro y caminamos en dirección a nuestros respectivos salones; por un momento noté su inquietud al intentar soltarse de mi abrazo pero luego pude sentir también que, por un instante, todo era como debía ser. Entramos cada quien a nuestra clase y el día fue perfecto así.

Luz. ¿Quién diría que volveríamos a vernos? ¿Quién diría que sería en tales circunstancias? Sonreí como tonto y jugueteé con el lápiz en la mano, escribiendo su nombre en el borde de la hoja del día de la libreta de matemáticas. Sonreí otra vez. —Luz, mi Luz. Estás aquí —me imaginé diciendo.

V

Nos sentamos juntos de nuevo a comer, con la misma bola de amigos, en la misma mesa de la cafetería escolar. Me sonrió y yo a ella. Mike se sentó entre nosotros, con su bandeja de puré de papa y malteada de fresa; lo hacía a propósito para molestarnos y vaya que le funcionaba. Luz reía como loca ante los chistes de Harry y yo también lo hacía. Solíamos conversar de temas triviales y reír como niños pequeños; como solía ser antes, solo que esta vez, era desde cero.

Ese día la había acompañado desde la mañana, a pesar de que mi novia se encelaba como loca cuando se trataba de Luz, le cargaba sus cosas y hasta a veces la mochila.

Frank, un amigo de último grado, que era más bien popular, se sentó con nosotros por primera vez, era rubio y con cara de galán de telenovela. Miró a Luz y yo sentí celos, aunque me los tuve que tragar.

—¡Amigos y... tú! —miró a Luz.

—Qué onda Frank —saludé con un especial enojo.

—Haré una fiestecilla el sábado en mi casa; no habrá cover, solo lleven alcohol y mucha gente, se pondrá bien. ¿Irás? —miró de nuevo a Luz.

—No creo, no te conozco —contestó y yo sonreí.

—Exacto, y te quiero conocer. —Se me cortó la sonrisa.

—Los veo a todos allá.

Dio un brinco y se fue de la mesa, con un tono arrogante y a la vez *cool*. Acomodándose su chaqueta de cuero al más puro estilo Arctic Monkeys. Miguel me vio con cara de sorpresa esperando una reacción de mi parte. Chequé mi celular al escuchar una pequeña vibración y vi su mensaje en la pantalla.

Ma Homie (Mike): «Creo que ese Frank es tu competencia» (enviado hace 12 segundos).

Lo miré con cara de enojo y él rio, Luz preguntó por qué y la tiramos de loca. Terminó el receso y Mike me pidió que lo acompañara por un cigarro. Nos dirigimos al estacionamiento y dejamos a todos los amigos detrás, en sus clases.

—¿Te gusta el peligro? —Mike prendió su cigarro entre los dientes y le dio un toque.

—¿Qué? —pregunté extrañado.

—Sí, es que —exhaló—, verás, Barbie se está dando cuenta de tu jueguito.

—¿De qué hablas, *bro*?

—No te hagas el tonto. Bárbara es mi amiga; no se merece lo que le estás haciendo.

—Pero si no estoy...

—Sí, sí lo estás; mira *bro*, piensa. Lo tienes todo con Bárbara, esas mujeres no se consiguen en cualquier lado. Y Luz.

—Luz.

—Sí, Luz —fumó de nuevo— Ella es tan indiferente, tan tierna y a la vez tan prohibida, eso te mata y no sabes qué hacer.

—¿Estás diciendo que estoy engañando a Bárbara?

—No, yo no dije eso, lo dijiste tú.

—No jodas amigo, yo no soy así.

—No el Alex que yo conozco; pero no te conocí cuando estabas con Lucía. No sé cómo seas así, y te puedo decir que sé que te gusta más de lo que te gusta Barbie.

—Bárbara es mi novia.

—Yo no dije que no; hay tres amores importantes en nuestras vidas, TODOS, invariablemente tenemos tres amores en nuestra vida.

—¿Ah sí? ¿Cuáles?

—El primero es: el que amamos. Todos amamos a alguien y siempre tendremos a alguien que nunca podremos dejar ir, por más que queramos. Por más que la vida nos pida que lo olvidemos, eso no pasará.

—Luz. —Mike asintió con la cabeza y sacó otro cigarrillo de la cajetilla.

—El segundo: el que nos ama. El que sabemos controlar y tenemos el poder de lastimarlo con una simple acción. Es peligroso hablar con estas personas, una sílaba equivocada las puede destruir inmediatamente.

—Barbie...

—Y —dejó caer la colilla de cigarro al suelo y la pisó con sus Converse gastados— con el que nos quedamos.

—¿Y ese cómo es?

—Puede ser quien sea, puede ser QUIEN TE AME, QUIEN TÚ AMES o alguien totalmente diferente; es extremadamente difícil que esos tres amores los encuentres en una sola persona.

—¿Y por qué me dices esto, *brother*?

—Porque me preocupas, y me asusta porque lo tienes todo en

—¿Barbie?

—Eso lo debes decidir tú; no dejes que te pase el tiempo, porque a veces, una mañana, puede ser muy tarde.

Regresamos al salón y a esa hora me tocaba compartir clase con Luz. Toqué la puerta un poco estresado y el profesor me dijo en un tono sarcástico.

—Y precisamente el señor Alejandro llega a tiempo para explicar las ecuaciones REDOX. ¿No es así?

—Perdón, estaba en el estacionamiento.

Pasé mis ojos a través del salón escaneándolo para encontrar una silla vacía, la vi, con un *sweater* pequeño y unos jeans viejos. Mi Luz. Se hizo la disimulada y me senté junto a ella.

—Irás a la fiesta de Frank ¿no? —pregunté.

—Puede ser, puede ser.

—¿Puede ser? Eso no resuelve ninguna de mis dudas.

—No pretendía hacerlo.

—¿Eso qué significa?

—¿Por qué tanta angustia?

—Porque quiero saber si tengo que ir —levanté la voz.

—Señor Bernal, estamos en clase —interrumpió el profesor enojado.

—¿Sí tienes que ir? ¿Cómo?

—Sí a cuidarte.

—Sé cuidarme sola, no te preocupes. Mejor cuida a Barbie.

—Lucía.

—No lo arruines Alex, vamos muy bien.

Traté de ignorar el tema en mi cabeza pero por alguna razón, no podía soportar que ese tal amigo mío le tirara la onda a Luz, y que ella no quisiera responderme con respecto al tema. Me molestaba. Mucho. Terminó la clase después de hacer un trabajo con respecto a ecuaciones de Reducción — Oxidación. Salí y me colgué mi mochila al hombro. Escuché a Bárbara detrás de mí.

—Gordo, ¿Podemos hablar?

—Claro, bebé.

Se veía diferente, sus ojos claros estaban un poco húmedos y podía escuchar el triste cortado en las sílabas de su oración. Caminamos hacia el estacionamiento y se echó a llorar; la abracé pero ella se apartó de mí.

—La amas ¿no? —levantó la mirada y me partió el alma verla así— Desde que Lucía llegó, eres diferente conmigo, de verdad ¿qué estoy haciendo mal? Solo quiero saber.

Me agaché y me senté junto a ella, le tomé la mano derecha y un monólogo digno de ser escrito por Mike se me vino a la cabeza, con problemáticas morales que debía resolver antes de abrir mi bocota o podría lastimar a mi Barbie.

—La quiero —las lágrimas se vieron en sus ojos, aunque, como siempre, Barbie trató de guardarlas para no llorar; no acostumbraba llorar—. Espera —la abracé—. Sí, la quiero, me gusta; no lo puedo negar; pero no soy tonto. Te amo y eso no cambia ni cambiará por nadie, nadie va a tomar tu lugar y aunque puedas pensar, o por mi mente pueda pasar, nada ni nadie me va a separar de ti; porque eres perfecta y te amo. No sientas celos ni miedo; porque no me vas a perder, no eres una más, tú eres mi objetivo, mi prioridad, mi única visión. TÚ y no quiero que se te olvide. No te voy a engañar, no te voy a fallar. Te amo y no quiero que lo olvides. Te Amo, te amo.

—Te amo.

—Te amo, gorda.

La abracé pero noté que se sentía diferente. Algo estaba haciendo mal y no podía hacerlo por mucho más tiempo o iba a terminar lastimándola. A la mujer que me amaba.

—No te voy a fallar.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

La besé.

Si de algo sé hablar, es de promesas rotas y de palabras dientes para afuera. No es que me enorgullezca sino que sé cómo lidiar con eso; porque así soy yo, porque así fui en algún momento. Pasaron dos días, eran ya las 6 p.m., entonces Mike vino a mi casa; y como era de mis mejores amigos, se pasó como si fuera también su casa.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—Miguel, déjame pensar, en serio.

—No, es que *brother*, vas a lastimar a Barbie.

—No voy a lastimar a nadie.

—Tienes que. No tienes elección.

—¿Qué?

—Sí, tienes que tomar una decisión. ¿Camisa o playera?

Miguel abrió mi armario y empezó a sacar ropa.

—¿Qué? ¿Qué haces?

—Arreglándote, tienes que hablar con Barbie.

—¿Por qué?

—Porque es mi mejor amiga y está llorando. —Barbie era dramática como ella sola pero nunca lloraba, por lo que tuve que admitir que estaba algo mal—. Y es por tu culpa. Entonces ¿camisa?

—Sí. ¿Barbie llorando? ¿Estás seguro?

—Bastante. Vamos.

Nos subimos al Buick y llegamos veloces a casa de Bárbara. Mike se quedó en el carro y encendió uno de sus cigarros.

—Esa cosa mata, déjala.

—Si me voy a morir de todos modos, por lo menos voy a elegir mi tiro de gracia. Ahora, a lo tuyo.

Me di la vuelta y toqué la puerta de casa de Barbie; su hermana abrió la puerta, me vio con ojos amenazadores y luego se hizo para atrás para dejarme pasar. Nunca nos caímos muy bien su hermana y yo. Subí las escaleras y toqué la puerta de su habitación.

—¿Déjame, papá! ¡Me siento mal, carajo!

—No soy tu papá, flaca...

—¿Alex?

—Sí

—¿Qué haces a... aquí?

—Vine a verte.

Se escuchó un silencio y de pronto fue interrumpido por la perilla de la puerta girando para poder abrir.

—¿Puedo pasar?

—Sí...

Entré a su habitación y estaba toda hecha un reguero. Ella traía puesta su pijama rosa de Kitty y tenía el cabello convertido en un desastre; al igual que sus ojos, con el maquillaje corrido por toda la cara.

—¿Qué haces aquí? —suspiró.

—Mike me dijo que estabas triste.

—Pues, aquí estoy.

Nos sentamos sobre su cama y la miré con la tenue luz que se colaba de sus persianas cerradas. Noté cómo sonrió y después cortó la sonrisa bajando la mirada. Traté de quitarle el pelo de la cara pero ella se echó para atrás.

—Dime la verdad. ¿Quién es Lucía?

—¿Quieres saber la verdad?

—No —me miró —pero es mejor, prefiero la verdad.

—Luz.

—Ya hasta le tienes su apodo, debí imaginarlo...

—Barbie...

—Bárbara —me miró enojada.

—Bárbara —suspiré—. No es lo que crees. Luz y yo nos conocíamos desde hace un tiempo.

—¿Desde cuándo me engañas? —lloró.

—No te engaño —le tomé la muñeca.

—¿Entonces quién es y por qué siempre estás con ella? No tienes ni la maldita decencia de engañarme a escondidas, lo haces en mi cara y no quiero, no quiero ver.

—Es mi pasado.

—Tu pasado —se burló entre lágrimas— ¿Por qué mejor no vuelves con ella? Se nota que la quieres y dónde hubo amor...

—Recuerdos quedan. Sí. Pero no voy a dañarte, yo tengo una promesa para ti y sabes que la cumpliré.

—Ya no sé ni qué creer.

—Es mi pasado, pero tú eres mi presente y *nosotros* somos mi futuro. No voy a dejarte ir, Bárbara, todo lo tengo en ti. Dicen que tenemos tres tipos de amor...

—Sí, Mike me lo ha dicho... —interrumpió.

—Tú eres con quien me quiero quedar.

—Quiero que lo pienses, piensa bien lo que me acabas de decir, Alejandro; yo te voy a creer pero primero quiero que te creas tú.

—Me quiero quedar aquí contigo. En este momento, en este instante y junto a ti. Me quiero quedar.

—¿Mike te está esperando abajo?

—Sí ¿por?

—Nada más... vamos por algo ¿sí?

—¿Segura?

—Segura.

—Te amo.

—Te quiero, para siempre, Alejandro. Para siempre. No me falles.

—No voy a hacerte daño.

—¿Lo prometes?

—Cree en mí.

—Me cambiaré, espera.

—¿Te ayudo?

Me besó y se rio.

—Ahora no, tonto.

—Te espero en el auto. Bebé.

Bajé y me subí al auto, para compartir un cigarro con Miguel.

—Esa cosa mata —se burló de mis palabras.

—Mi conciencia y mi cabeza me van a matar antes que el enfisema pulmonar.

—Alejandro, si no fueras como mi hermano, te hubiera hecho entrar en razón hace mucho. ¿Qué pasó con Barbie?

—Viene para acá, iremos por algo.

—Ah y me vas a abrir, mal amigo.

—No, no, tú también vienes.

—De todos modos no me iba a ir.

—¿Qué opinas tú? —le bajé al estéreo.

—Opino que deberías pintar esta lata; el auto es bueno pero la imagen...

—De lo mío.

—Mira, Alex, yo podría darte una solución.

—Pues da...

—No —interrumpió— No es mi problema; y aunque te diera la solución, tal vez sería la mejor para MÍ, pero no para ti ni para Bárbara ni para Lucía. Son cosas en las que no puedo meter mi filosofía, te aconsejo y te guío a veces, porque es lo que mi papel de mejor amigo me obliga a hacer pero la última palabra la tienes tú.

—Por favor.

—Veo que tú amas a Bárbara, la quieres como siempre pero estás confundido, porque llegó Lucía; quien, aunque es la de siempre, no es que la amas o la quieras, sino que te quedaste con una historia inconclusa. No es que ames a Lucía o te siga haciendo temblar al verla, tienes morbo, tienes la duda de saber lo que pudo haber pasado y podrías averiguarlo si dejaras a Barbie pero entonces también perderías a la única persona que te he conocido que te ama de tal manera.

—Sí, pero eso no me da ninguna solución.

—Pero son 15 dólares por la consulta, psicología, amigo.

—Cállate —reí.

—Hablo en serio. O mejor una cajetilla nueva.

—No te voy a financiar tu vicio.

—Yo te financio todas tus locuras.

—Tienes un punto.

Barbie salió de su casa con una blusa de colores y unos jeans negros; saludó a Mike y se sentó junto a mí.

—¿A dónde vamos? —preguntó Barbie.

—Al *autocinema* —sugerí— ¿Les parece?

—Está bien, pero déjenme conseguir a alguien antes —rio Mike— No quiero ser el mal tercio mientras ustedes se comen a besos. Le hablaré a Jessica.

Pasamos por Jessica y fuimos al cine; estaba *The Shining*. Ver a Barbie y lo que me había dicho Mike me hizo entrar en razón. Vi a Barbie con sus hermosos ojos claros y su cabello rubio, sentí su pecho pegarse al mío y la abracé. Lista, guapa, fiel y amorosa, tenía todo lo que uno puede pedir. Mi Barbie. Decidí que sería estúpido perder tanta perfección solo por el

capricho de no haber tenido a Luz en su momento.

—Barbie...

—Alex...

—Te amo, bebé.

La besé y de pronto sentimos golpes de palomitas darnos en la cara.

—Pensé que íbamos a ver una película de terror, no una porno —se rio Mike desde el asiento de atrás con Jessica—. Aunque... Besó a Jessica y Barbie y yo reímos.

VII

Jueves. Faltaban dos días para la fiesta de Frank. Busqué a Bárbara y fuimos a la escuela. Entramos por el colegio tomados de la mano y noté como Luz me vio desde lejos. Besé a mi Barbie y le deseé un buen día. Saludé a Mike y él rio, recordando la buena noche que habíamos tenido con nuestras chicas el día anterior. Me dejó y fue a saludar a Jessica.

Entré en las clases y puse atención como le había prometido a mi novia en la mañana. Filosofía, francés, matemáticas y razonamiento. Soporté las cuatro clases mirando atento al pizarrón hasta que por fin nos liberaron para salir al receso. Salí, me despedí de Barbie que se iba con sus amigas y fui a buscar a Harry y a Mike. Sentí una mirada, volteé detrás de mí en el pasillo y encontré a Lucía.

—Es de mala educación no saludar a la gente, Alejandro.

—Mira —se me cortó el cuerpo, tenía que ponerle fin a todo esto; sí, éramos amigos pero tenía que dejarle las cosas en claro; o, tal vez dejarME las cosas en claro—. Barbie se enoja cuando hablamos...

—Pero ¿por qué? Solo somos amigos.

—Porque sabe de lo que pasó.

—¿Y se puede saber por qué lo sabe?

—Porque Mike le dijo... y yo le expliqué.

—¿Entonces qué sugieres?

—No sé, digo, nos acabamos de conocer ¿no?

—Sí, supongo que sí —hizo una mueca parecida a una sonrisa—. Ella es tu futuro.

—Y no la quiero perder.

Cinco palabras, una mentira. Era a ella, a mi Luz a quién no estaba dispuesto a perder; pero no se me hizo justo lastimar a Barbie cuando ella no tenía la culpa de nada. Pero al mismo tiempo sentí horrible esas palabras, como un trago amargo del que no te puedes quitar el sabor, había lastimado a Luz, y no era mi intención.

—No lo harás... ¿Te veo en la fiesta de Frank?

—Claro.

Me encontré a Harry junto a las escaleras principales de la escuela.

—Viejo.

—Amigo —respondí.

Fuimos juntos a la cafetería para encontrarnos con el resto de nuestros amigos, ahí estaba Luz también. Me senté y me integré a la plática.

—Solo digo que el tocino debería tener su propio día nacional —rio Karla mientras todos se reían de su incoherente chiste.

Platicamos un rato y entonces llegó Frank.

—*Brother* —me tomó del hombro—. ¿Me permites un segundo?

—Supongo que sí.

Mike me vio y notó enojo en mis ojos. Me paré y fuimos a caminar por el cole mientras conversábamos.

—Me gusta Lucía —me hizo enojar su comentario pero tuve que ahogar las ganas de golpearlo porque, al fin y al cabo, no había nada entre ella y yo; y debía concentrarme en

Barbie—, y como tú la conoces, quería saber si me puedes ayudar.

—Sí, ¿en qué te ayudo?

—¿Podrías llevarla a mi fiesta?

—Ya irá de todos modos.

—Mira, Alex, yo sé que no te caigo muy bien ni tú me caes perfecto a mí, pero podemos ayudarnos de manera conjunta. Sé que tienes problemas con Bárbara por Lucía y si yo estuviera con ella, Barbie no te armaría tantos dramas y podrías estar tranquilo. Piénsalo.

Fue el comentario más ególatra y estúpido que había escuchado en mi vida, pero, aunque odiara admitirlo, tenía razón.

—Está bien.

—Háblale bien de mí o algo, amigo. Te deberé una y sabes que pago lo que debo.

—Sí, ya, está bien.

Me despedí de Frank y me dirigí a jugar un poco básquet para desestresarme. Tomé el balón y me puse a jugar contra 5 del primer año. Empezaron a apalearme cuando me di cuenta que Barbie estaba en las gradas y se levantó de golpe.

—El perdedor y yo contra todos ustedes.

—¿Ahora eres deportista?

—No, pero te están destruyendo, mínimo tendrás con que justificarte cuando pierdas —sonrió.

Se quitó la sudadera y se puso a jugar. No sé si los de primer año (de preparatoria) estaban estupidizados por ver a mi Barbie jugar o de verdad jugaba muy bien; pero antes de que terminara el receso, les habíamos dado la vuelta. Sonó la campana y nos tocaba hacer un último tiro. Me tocaba cobrarlo pero Bárbara tomó el balón para el punto decisivo y lo lanzó. Encestó.

—¿Wow?

—Soy una caja de monerías ¿no?

—Esto sí no lo conocía —sonreí—. Lista, guapa, risueña y aparte atlética. ¿Hay algo que no hagas?

—Sí, dejar de pensar en ti.

La besé y todos los niños de primer grado abuchearon, porque querían flirtear con ella.

—¿Has visto a Miguel hoy?

—No, ¿Por?

—Nada más.

Le cargué su sudadera y regresamos a clases. Antes de entrar al salón me jaló de la mano.

—O podríamos ya sabes... no entrar.

—Bárbara ¿qué mosca te picó? Tú nunca faltas.

—Digo si quieres —ríe.

Miré a ambos lados y la cargué por detrás de mi espalda. Nos echamos a correr en dirección a mi carro y entramos sin pensar. Un profesor salió por la puerta principal gritando.

—Bernal, voy a llamarle a sus padres.

Miré a Barbie y la respuesta llegó sola a mis labios.

—Les manda mis saludos.

Prendí el motor y antes de que pudiera voltear la cabeza para preguntarle a Barbie a dónde quería ir, me contestó.

—A mi casa...

Le di pedal a fondo y llegamos a su hogar.

—Mis papás no están, tenemos todo el tiempo del mundo.

Entramos a su casa y subimos a su cuarto. La abracé y ella a mí, nos besamos y la acosté sobre su cama. Empecé a besarle el cuello y entonces le quité la blusa, ella me quitó la playera y nos subimos de tono. Se puso sobre mí y se desabrochó el pantalón mientras nos besábamos. Cerramos la cortina e intenté quitarle el *bra*.

—¿Puedes? —rio.

—Es como un rompecabezas o un cubo de Rubik. Te lo juro.

—No tanto. —Tomó mis manos y las puso sobre su sujetador. Manipulándolas para que aprendiera a abrirlo—. Solo tienes que presionar aquí y —cayó su *bra*— listo.

Nos metimos sobre su cama y dejamos que la tarde pasara, estuvimos en su cama y hasta desordenamos su cuarto, y la sala, y su estudio y más o menos toda su casa.

—¿A qué hora llegarán tus papás? —le pregunté al oído.

Me quitó las piernas de encima y se empezó a arreglar.

—En cualquier momento, demonios, casi lo olvido. Cámbiate, cámbiate.

Me empecé a poner la playera y salí de su casa rápido. Antes de irme la besé y ella me hizo prometer siempre estar con ella. Me subí a mi carro y me fui a la casa sin mirar atrás. Me preocupé por Mike, no pasaba un día sin que me fastidiase y solo lo había visto en la mañana, le intenté llamar pero no contestó.

Fui a buscarlo a su casa y no encontré el auto de su mamá. Entonces recibí un mensaje, ven a Central con Libertad, te necesito, hermano. Fui a buscarlo y lo encontré enfrente de una tienda, sentado sangrando del abdomen.

—Mike ¿qué carajos?

—Ayúdame, *brother*. Te necesito hermano.

Lo ayudé a levantarse y lo subí a mi carro, su sangre se embarró en los asientos.

—Yo te pagaré el lavado, Alex pero llévame al hospital.

—No digas estupideces vamos para allá.

Llegamos al hospital y esperé a que lo vendaran y lo cosieran.

—Estaré bien para la fiesta, no te preocupes. —Dijo desde la cama del hospital.

—Cállate imbécil, pensé que te morías —le contesté enojado—. ¿Qué pasó esta vez?

—Salí por unos cigarros a la tienda y estos tipos sabían que tenía hierba, creo que la querían y me dieron con una navaja.

—¿Por qué?

—Porque era mucha, tal vez.

—Eres un idiota.

—Prometo no volver a traer tanta.

—No seas imbécil, si no quieres que tu mamá se entere de esto, vas a dejar esa cosa. Por favor. —No era la primera vez que lo lastimaban por su vicio y una vez casi lo mataban, excepto que esta fue la gota que derramó el vaso, nunca lo habían lastimado así de grave.

—Viejo.

—Por favor.

—Está bien.

—Vámonos.

—Mike pagó la cuenta del hospital con su tarjeta y lo llevé a mi casa.
—¿Te sientes bien?
—Nah, estoy de muerte, hermano —soltó una carcajada— Auch, me dolió.
—No es momento para bromas.
—Tranquilo. ¿Luz sí irá a la fiesta?
—Sí.
—¿Y Barbie?
—También.
—¿Qué harás?
—No me alejaré de Barbie pase lo que pase.
—Ahora que me estoy muriendo, mi filosofía cambia hermano.
—Si me haces dudar de nuevo, juro que te mato yo mismo.
—Está bien, me lo guardaré hasta que pueda defenderme de nuevo.
Nos pusimos a ver el fútbol americano en la televisión.

VIII

Un día antes. Barbie y yo planeamos cómo debía ser todo para irnos el día siguiente y lo que haríamos al volver. Hice desastre con Mike (que ya estaba como nuevo) y como siempre, entré a clases. Todo el día iba normal hasta que Gabriel me llamó.

—Amigo, ¿puedo hablar contigo?

—Sí ¿qué sucede?

—Te veo después de clases en el Blu (el bar más popular de mi ciudad). ¿Puedes?

—Sí, ahí te veo.

Al terminar las clases, dejé a mi Barbie en su casa y luego fui al bar donde había quedado en verme con Gabriel. No lo vi por ningún lado así que me senté en la barra.

—Pide lo que quieras, yo invito —Gabriel llegó caminando detrás de mí y se sentó en el banco de al lado.

—No gracias.

—Dos *scotch* y un poco de vodka por favor.

—¿Qué onda amigo? ¿De qué querías hablar?

—Ya sabes de qué.

Nos dieron nuestras bebidas y fue como si el mundo se callara, de esos momentos incómodos en los que no sabes que decir.

—¿Luz?

—Sí.

—Me alejé, empecé desde cero, como me dijiste.

—No es eso; y sí, estuvo perfecto. ¿Cómo te sientes?

—Bien, sé que debía ser así.

—Bueno, tengo entendido que mañana irán a una fiesta.

—Yo iré con mi novia.

—¿Tienes novia? No lo sabía.

—Sí, llevo un buen tiempo con ella.

—Bueno, está bien... solo quería pedirte un favor.

—Me vas a terminar debiendo la vida con tus favores, *bro* —bromeé.

—¿Podrías cuidarla, por favor?

—¿Quién es el hermano?

—Por favor, solo cuídala.

—Ok, gracias, Alex.

—¿Te puedo hacer una pregunta, amigo?

—Claro.

—¿Por qué nunca me llamó?

Gabriel suspiró.

—Ven, te contaré todo, vamos a caminar un poco ¿te parece?

—Cuando nos fuimos a Estados Unidos, mi familia no estaba exactamente en un buen equilibrio. No nos fuimos por un mejor trabajo, nos fuimos porque mis papás se divorciaron. No hemos visto a mi mamá desde entonces.

—¿Por qué nunca me lo dijeron?

—Mi mamá era la que tenía tu número, no solo se divorció de mi papá. Desapareció, nos abandonó apenas llegamos allá. Lucía estaba loca, trató de encontrarte o tu número, hasta creó un usuario en una red social para tratar de localizarte pero no lo logró —respiró—. Logré rescatar tu dirección de uno de los juegos que habíamos pedido por internet, ella te mandó cartas, pero tú nunca las contestaste así que asumimos que simplemente no quisiste contestarlas. Ella no lo quiso ver así, yo lo hubiera entendido, pero ella nunca lo vio así.

—Nunca me llegó nada.

—Es lo que ella quiso creer, me alegra que así fuera, me quitas un peso de encima.

—¿Dónde llevan las cartas que no se entregan?

—En mensajería, imagino o en la oficina postal.

—¿No es lo mismo?

—Creo —rio— ¿Por qué?

—Si eso de las cartas es verdad, quiero leerlas.

—No creo que aún las tengan pero haz el intento.

Regresamos caminando al bar, nos subimos en el auto y finalmente fuimos a la oficina postal. Entramos y nos atendió un señor de edad avanzada.

—Vengo a recoger cartas sin entregar.

—¿Nombre?

—Alejandro Bernal, calle Loyal #34.

El señor sacó una enorme bolsa llena de cartas de su bodega; checó por última vez el nombre y me la entregó.

—Sería mejor si pusieran el número de su casa en un lugar visible. Nunca pudimos entregar su correspondencia.

Debe estar bromeando —pensé—. Tomé la bolsa con las cartas y volví al auto.

—Tampoco eran tantas —dijo Gabriel.

—No, está todo combinado, propaganda, recibos, invitaciones... Y aquí están, las cartas de Luz.

—Te lo dije.

Un pequeño paquete de papel revelaba el nombre de Lucía con 24 cartas adentro. Lo abrí y luego cada una para leerlas. Tiré el resto de la correspondencia en un bote de basura cercano.

—Pensé que me había olvidado.

—Já, no estuvo ni cerca.

—Entonces ¿por qué tuve que comportarme así con ella?

—Eso ya es cosa de ella, no te puedo responder. Si ella te lo dice luego está bien, pero no la presiones, recuerda que eso casi le cuesta la vida.

Llegué a mi casa a leer las cartas, abrí una tras otra y en cada una pude notar que de verdad no me había olvidado y me sentí culpable por todo el rencor que le llegué a tener.

«Disculpa por no llamar, mi mamá se llevó el teléfono y no he podido conseguirlo, mándamelo por favor. Besos, Luz».

«Espero tu contestación mi vida, te extraño muchísimo. Luz».

No pude evitar abrazar los papeles, acercándolos a mi pecho, y sentir un enorme vacío por dentro.

«Hoy escuché Oasis y pensé en ti, por favor contesta mi Alex, te extraño. Luz».

«Seguiré escribiendo con la esperanza de que me contestes un día, Alex, me haces mucha falta. Siempre tuya. Luz».

«Mi hermano dice que me olvidaste. Por favor, cállale la boca. Luz».

«Han pasado dos meses sin saber de ti, ¿Cómo estás? Solo quiero saber de ti. Luz».

Leí todas y cada una de sus cartas y hasta me memoricé las posibles respuestas que le hubiera escrito. Hasta que me topé con la última carta.

«Un año sin ti, mi amor. No puedo esperar más, no tengo ni una señal de ti, me gustaría saber que me quieres aún. Espero verte algún día de nuevo. Te Amo y te seguiré amando siempre. Luz, tu Luz».

Se me salieron las lágrimas al leer esta última oración. Me sentí estúpido por dudar de ella, por reclamarle y por no buscarla yo; me sentí culpable porque aún la amaba y porque no había cumplido mi promesa de ser suyo por siempre.

Traté de llamar a Mike pero no contestó. Me salí a mi azotea y saqué una cajetilla de mentolados que tenía guardados, los empecé a fumar uno a uno, según yo, para librarme de mis penas. No pude evitarlo, lloré. Lloré pensando en Luz y lloré pensando en Bárbara. Les había hecho daño a ambas y ahora debía lastimar a cualquiera de las dos por uno de mis caprichos.

Todos tenemos nuestra propia manera de matarnos, la de Mike era el cigarro, la mía eran mis impulsos y la de Bárbara y Luz era haberse enamorado de la persona equivocada. Yo siempre soy la persona equivocada, no podía evitarlo, no podía evitar sentir algo por alguien, pero sabía que con cada sentimiento, venía un nuevo sufrimiento para quien amara.

Me acabé la cajetilla y me senté en el borde de la azotea a ver el atardecer.

IX

Mike llegó a mi casa temprano para reportarse por mis llamadas perdidas. Arreglado como vagabundo pero con zapatos Ferragamo para ir a la fiesta.

—¿Qué pasó ayer, Alex?

—Mira en mi cama.

—Déjate de chistes sucios, en serio.

—No —me reí—. En serio.

Las cartas estaban regadas sobre mi cama porque me había quedado dormido leyéndolas y recordando.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Léelas.

Se sentó en mi cama y leyó carta por carta, sorprendiéndose por todo, al igual que yo. Me miró un segundo y volvió a leer.

—Esto es broma ¿no?

—No, desgraciadamente no.

—Mira, olvida todo lo que te he dicho. No puedes dejarla ir.

—¿Y Barbie?

—Es mucha mujer para ti, no la mereces, tienes que luchar por Lucía.

—Pero amo a Barbie.

—Mira, amigo; no sé cuánto nos quede de vida, podría ser un día, dos o 50 años; pero la vida es muy corta como para no tomar riesgos, algún día vas a tener nietos, porque me tienes que hacer tío, cabrón; y vas a tener que contarles algo y esto es de verdad una historia que vale la pena contar. Ahora —respiró—, ¿Amas a Bárbara o es pura costumbre? Y piénsalo bien, porque es mi mejor amiga.

—No lo sé.

Miguel puso una canción de Frank Sinatra en su celular a todo volumen.

—Esto se llama *Fly me to the Moon*.

—Sí, lo sé ¿y?

—¿Y? Frank tiene ese poder... ¿Con quién te imaginas al escuchar esto?

—No seas ridículo, esto es en serio.

—¿Quieres entenderte o no?

Cerré los ojos y aunque parezca broma, me imaginé con Luz bailando *Fly me to the Moon*, tomándola de la cintura y ella de mi hombro y mi brazo.

—¿Bárbara?

Negué con la cabeza, nervioso.

—Entonces es Luz... yo te voy a apoyar hasta el fin del mundo amigo. Pero necesito que seas sincero con Barbie.

—No sé cómo decírselo.

—Pues mejor piénsalo porque me pidió que la llevara a la fiesta de Frank.

—Y también irá Luz.

—Y también irá Luz, debes pensar bien tus palabras.

—¿Puedo hablar con Luz antes de decirle cualquier cosa a Barbie?

—Claro, te ayudaré a hacer tiempo.

Me puse unos marinos cafés, una camisa azul brillante que tenía, un pantalón blanco y un saco casual de color café también. Me peiné y me puse a pensar en las palabras que debía decirle a Barbie y en lo que le diría a Luz. Pensé en las cartas y en sus ojos de color ámbar. ¿Sería buen momento para decirle lo que sentía de nuevo y recuperarla?

Mike se cambió y se puso una de mis camisas, acostumbraba hacerlo, se tomaba muy en serio eso de que mi casa era «suya». Yo siempre he sido pésimo con las palabras así que Mike se pasó el día dándome una breve explicación de cómo hablar y sonar interesante y no decir estupideces para no perder a Luz. Y también me ayudó a pensar como cortar a Barbie sin causarle tanto daño.

Me puse nervioso, siempre me ponía nervioso pero esa noche era especialmente estresante. Mike le llamó a Luz para confirmar que iría y entonces empecé a sudar, la cuenta atrás comenzó, 3 horas.

—No te pongas nervioso amigo, sigue el plan y todo estará perfecto.

—¿Tú crees?

—Puedes con esto, si no, improvisa, en eso eres bueno.

Dos horas. Salimos a tomar un cigarro y a comprar pastillas de menta para ocultar el olor, caminé un poco y dudé sobre mi apariencia, mi aliento, mis ojos y hasta de mis palabras. Por algún motivo, esa niña (Luz) tenía un poder sobrenatural en mí, solo ella me causaba taquicardias con solo verme. No era ni la mitad de lista o de guapa que Barbie, ni tampoco era igual de cariñosa o loca, pero tenía algo, no sé qué era, pero tenía eso, que ninguna otra persona lograba reunir.

Una hora. Ya había comenzado la fiesta pero quedamos en llegar una hora después para no vernos tontos. Posiblemente Luz ya había llegado y Mike tenía que pasar por Barbie, la iba a preparar para todo el asunto que venía. Nos despedimos y quedamos en vernos allá. Me subí a mi auto y me dirigí a la dirección de Frank. Era una casa blanca y enorme, de clase bastante alta, tenía sus dos camionetas estacionadas afuera junto con una pila de automóviles de los invitados; chicos y chicas besándose ebrios afuera y una señal para entrar desde su jardín con piscina.

Esperé a Mike, quién llegó unos 12 minutos después de mí, saludé a Barbie. Venía con un vestido de noche negro, unos tacones de 12 c.m., y se veía hermosísima.

—Te ves hermosa —le dije y Mike me vio con cara de querer gritarme «IDIOTA».

—Lo mejor para el mejor. Te amo.

—Yo a ti, mi vida...

Mike negó con la cabeza y sugirió ir a tomar un trago, dejó que Barbie se sentara y me llevó a la mesa de bebidas.

—¿Qué estás haciendo?

—Perdón, se ve hermosa.

—No seas idiota. Barbie no es un juguete.

—Pues, de hecho...

—Cállate. Bárbara, tu novia, mi mejor amiga, no es un juguete.

—Solo decía que...

—Sigue el plan, Alex.

Frank tenía casa de rico, todo el alcohol era caro y su sala era de piel real; tenía un candelabro y su piscina tenía luces por debajo para que alumbrara la fiesta. Potentes bocinas

amenizaban la fiesta con música electrónica. Frank era, como dije antes, de los populares, por lo que todas las del club de porristas y los mariscales de fútbol americano estaban haciendo de las suyas en la casa, en todos lados.

Mike estaba buscando a Jessica y pude verla a ella también buscándolo desde el jardín, le hice señas para que viniera y le mostré donde estábamos.

—Alex.

—Jess, ahí está Mike.

—¿Vamos?

—Sí, oye ¿has visto a Lucía?

—Sí, estaba con Frank y sus amigos.

Nos sentamos a platicar un rato en lo que buscaba a Luz, entonces la vi, pero estaba con Frank. Frank trataba de impresionarla pero ella no veía el momento para irse. Me paré y me dirigí a ellos, un par de amigos me retrasaron saludándome y entonces los vi entrar a una puerta. Me dieron nervios, de que ella pudiera gustar de él.

— ¡Déjame en paz, Frank! —escuché gritar a Luz y entré en la habitación.

X

Luz le dio una cachetada a Frank y entonces se dio la vuelta para salir, me vio pero estaba bastante mal. La seguí a través del pasillo y por la puerta principal, no tenía ganas de quedarse.

—Luz...

— ¡Déjame en paz, Alejandro! No estoy de humor —la tomé de la mano. Y la miré fijo—. Me estás lastimando, por favor.

—Solo vine para hablar contigo, por favor solo escúchame.

Lucía tenía sus ojos empapados y su vestido rasgado, lo que me hizo darme cuenta de lo que Frank quería hacer, pero en ese momento solo quería hablar con ella, me encargaría de él más tarde.

—Solo, solo escúchame —le dije y la solté.

—Sé lo de las cartas.

Le cambió la expresión, como un poco sorprendida, pero aún triste como nunca.

—¿Hasta ahora?

—Nunca lo supe hasta hace poco, las leí todas y...

—Y ya pasó, Alex, déjame irme. De verdad, no quiero estar aquí.

—Podemos irnos, a dónde tú quieras, hasta el fin del mundo si quieres.

—No, quiero ir a casa, por favor.

—Te llevo.

—No, por favor. Ya es suficiente por una noche.

—Luz.

—Por eso no quería volver a hablar contigo, no puedes dar por terminado nada y así solo me quedan menos ganas de estar aquí y de seguir conociéndote.

— ¡Yo no tengo la culpa! —le grité tomándole de nuevo la muñeca.

Lucía empezó a llorar de nuevo. Se le cortó la voz.

—No, perdón, no quise decir eso.

La abracé para intentar calmarla.

—No, mi Luz, perdóname a mí, por favor.

—Suéltame...

—Lucía ¿qué te pasa? ¿Qué demonios hice?

—Nada, por favor, solo quiero ir a casa, odio todo y a todos ahora. Solo quiero dormir. Llorar, lo que sea. Quiero estar sola.

—Podemos estar solos juntos.

—No, no podemos.

—¿Por qué Lucía? ¿Por qué no? —Luz no pudo responder—. Ven. Perdón, no quise hacerte llorar. Prometo que voy a hacerle pagar al imbécil de Frank por asustarte ¿ok?

Asintió con la cabeza.

—Alex, déjame ir.

—Ya te dejé ir una vez, no se va a repetir.

—Me siento mal. Alex.

—Eres perfecta.

—No, no lo soy.

—Sí, eres perfecta, y te extrañé un infierno. Le pedía todos los días a Dios verte pronto y ahora veo que sí me escuchó.

Le tomé la mano y ella de alguna manera, tomó también la mía. Sentí su miedo. Yo también estaba asustado.

—Alex.

—Y todos los días me paraba aunque fuera un minuto junto al teléfono esperando escuchar tu voz; te extraño, te amo como cuando te fuiste y me haces tanta falta, Lucía por favor, no puedo con esto. Yo no quiero ser un desconocido y no PUEDO ser tu amigo.

—No es porque quiera ¿sabes? ¿Tú crees que de verdad quise alejarme de ti? TE AMO, ¿Cómo crees que te dejaría así?

—¿Qué acabas de decir?

—Tú, Alejandro ven acá —Frank salió por su puerta, con el ojo morado y dos amigos con él—. Deja a mi chica.

Luz se asustó y la puse detrás de mí.

—Toma, las llaves de mi auto, ya lo conoces. Entra, no voy a dejar que nadie te haga daño.

Me acerqué y Frank me empujó contra el marco de la puerta, me enojé y lo empujé de nuevo. Frank trató de ahorcarme pero evité que me tomara, dándole un golpe en la cara. Su aliento a vodka caro me impregnó la cara.

—Ahora sí te voy a matar imbécil —Frank se limpió la sangre y me aventó un gancho al abdomen.

Frank y yo nos dimos una gorpiza, le abrí el labio y él me abrió la ceja de un golpe seco, sus amigos se metieron y me agarraron contra la pared. Mike salió de la nada con una botella de whiskey y golpeó a uno de los amigos mientras yo me zafaba del otro y me libraba de Frank.

—Siempre eres tan oportuno —le dije—. ¿Cómo lo haces?

—Güey, tú me debes la vida —bromeó y le dio un trago a la botella—. Regresaré con Barbie antes de que se dé cuenta de que no fui al baño.

Me limpié la sangre de la cara y fui a mi auto y encontré a Lucía asustada.

—Nadie te va a lastimar mientras yo esté contigo.

Luz salió del auto y empezamos a hablar más sinceros a la luz de la luna.

—Alex, no está bien que estés conmigo, no quiero hacerte daño yo.

—Sé que no lo harás.

—Es que no lo entiendes no es que quiera, es que yo...

Sus ojos ámbar brillaban hermoso bajo la noche y no pude dejarla terminar. La tomé de la cintura y la acerqué a mí, le acaricié su mejilla, todo se quedó en silencio. La besé y ella no supo que hacer, se quedó inmóvil, compartiendo el infinito instante en nuestros labios. De pronto Barbie, Mike, mi escuela, mis amigos, mis metas y mis sueños dejaron de importar; era ella y nada más. Luz. Tal y como la recordaba, tal y como la amaba. Abrimos los ojos al mismo tiempo y de pronto la tranquilidad del beso desapareció en un instante. A lo lejos, en la puerta principal estaba Barbie con Jessica tapándose la boca. Luz me miró asustadísima y se zafó de mí.

—No me vuelvas a dirigir la palabra. Por favor —Lloró y corrió a parar un taxi.

—Lucía te amo. ¡TE AMO!

No me escuchó y se fue, sin siquiera decir adiós. Me dejó solo a la Luz de la noche. Había perdido a Lucía, a Barbie también, Frank estaba inconsciente y posiblemente Miguel estaría encabronadísimo conmigo. Me regresé a la casa, soltero y posiblemente sin mejor amigo.

Me senté en mi cama y miré una de las fotos que me quedaban con Barbie. No podía contener la impotencia que sentía y me eché a llorar, sin parar, sin callarme, le grité a la almohada y lloré por lo imbécil que había sido.

Lo tenías todo en Barbie, Luz te olvidó ¿por qué la besaste? —me pregunté y abracé la almohada—.

Me imaginé a Lucía llorando. No era el momento, la persona, ni el lugar correcto, no era mi amor ni yo el suyo, pero era con quien quería existir un infinito. Barbie me amaba, creyó en mí y yo la había decepcionado. Me sentí el peor patán del mundo. Era un perdedor. Aventé el teléfono contra la pared y este (gracias a Dios) le hizo un pequeño hoyo a la pared y cayó ileso. Ni romper un celular puedo —pensé—. No sabía qué hacer. Lo había arruinado todo, quería y debía solucionarlo pero no sabía ni por dónde empezar.